CAPILLA ALFONSINA

ALEGORIA SEXTA.

La gula y la Codicia reducen al hombre brutal: la razon grita, y lo reprueba la prudencia de otro; por lo que siempre es preciso echar fuera estos sugetos de las conversaciones de los hombres.

Marcolfa se fué para su casa, en la que habia dejado á Cacaseno: este se llena la cara de cola: un criado le ve: da cuenta al Rey de lo que está haciendo, y le manda que se le lleven á palacio, que le queria ver.

Con la mayor veneracion y respeto, que Marcolfa usaba, se despidió de la Reina. Volviendo á Cacaseno, como su abuela le habia dicho, cuando se fué á ver á la Reina, que se entretuviese hasta que volviera; un criado, viendo que estaba solo, se escondió en un lugar oculto del cuarto, para observar todo lo que hacia, manteniéndose allí hasta que le vió hacer una de las suyas, y sin poder contenerse, fué corriendo á dar cuenta al Rey, y como supo que estaba solo, mandó al criado que se le trajese. Volvió, y le sacá del cuarto con el pretesto de que le llevaba á beber, siendo engaño; pues se halló delante del Rey, y mirándole la cara, que la traia toda engrudada, le preguntó á Atilio, que así se llamaba el criado:

Rey. Qué le ha sucedido al pobre Cacaseno, que trae la cara tan engrudada y puerca?

Criad. Señor, habeis de saber, que un mozo de la repostería puso á la lumbre un perol de cola para pegar los cristales de los ramilletes, y pareciéndole cosa á propósito para comer, agarró el perol, y se le puso entre piernas, y comió alguna porcion de cola, y despues se debe de haber estregado la cara con ella; de suerte, que yo dificulto que Barrabás le pueda limpiar, ni quitarla.

Rey. Díme, Cacaseno, has comido de la cola?

Cac. Si mi abuela me dijo, cuando se fué, que me entretuviese; y yo, como no hallé otra cosa, me he divertido con aquel perol de puches, y esta cara de judío me ha traido delante de tí, en lugar de llevarme á beber.

El Rey, oyendo razones tan inocentes, y mirando su cara de tan malísima figura se echó á reir, y mandó al criado que le llevára á beber; pero como deseaba que la Reina fuese sabedora de tal simplicidad, le hizo una seña, paraque le llevase á su cuarto, lo que obedeció puntualmente.

La Reina y Cacaseno.

Rein. Cómo vienes con esa cara engrudada?

Cac. Es, que he merendado, y se me habrá pegado alguna grasa, y quisiera solo que me hicieras el gusto de mandar dar á este veinte y cinco palos muy bien dados; porque el Rey le ha mandado que me lleve á beber, y él no ha querido obedecer; y así manda tú que traigan de beber, porque me siento tan hinchado como una vejiga de puerco.

Rein. A decir la verdad, te pareces á él en un todo, y tu cara no es de otra cosa, que de lo que has dicho tú mismo.

Mandó que le refiriesen el suceso, y lo celebró infinito, y despues ordenó que le lleváran á beber. Llegó Marcolfa á su cuarto, y no hallando á Cacaseno, se inquietó de tal modo, que iba á salir á buscarle sumamente enfadada; pero al mismo punto llegó Atilio con Cacaseno, y despues que supo el suceso, empezó á esclamar, diciendo: Pobre de mí! Este bruto tiene la culpa de verme avergonzada en esta corte! Procuró lávarle; pero eran vanas todas diligencias, pues tan dura y tan tenaz estaba la cola, que no habia fuerzas humanas para podérsela despegar de la cara y manos; y fué preciso poner agua á cocer, para podérsela quitar. Enfadada de sus bestialidades, y desesperanzada de su enmienda, determinó el ir á pedir licencia á los Reyes, para retirarse á su montaña: los halló juntos, y con una reverencia humilde y profunda así les dijo:

CAPILLA ALFONSINA

Marcolfa, Rey y Reina.

Marc. Serenísimos y piadosos señores: Ya que es tanta mi fortuna en haberos hallado aquí juntos, acaeciéndome lo que muchas veces suele suceder al cazador que pone la red para un pájaro, y coge dos á un tiempo mismo; con el mayor rendimiento vengo á suplicaros me concedais licencia y libertad para volverme á casa; y así espero esta gracia de vuestra real clemencia.

Rey. Conozco que es perjudicial á tus intereses y al gobierno de tu casa la ausencia de tu persona, y así te concedo la licencia y permision, cuando fuese tu voluntad; pero te aseguro, que para nosotros seria de mayor gusto el que tú te quedases á nuestra vista.

Marc. En todo asunto, oracion, argumento y disfrutar favores de otros, siempre se gusta de la brevedad; ademas de esto, no parece bien que un súbdito se familiarice con su Príncipe largo tiempo; porque tal vez, cuando ménos se piense, no le hallará de gracia, y le sucederá lo que al raton con el gato, que despues de jugar con él largo tiempo, se cansa, y le deshace la cabeza, para concluir su alegría. Mi marido solia decir, que la amistad de un Príncipe es de la calidad del fuego; y así es menester precaverse, y no acercarse demasiado, ni tanto, que uno se queme, ni alejarse tanto, que no se caliente, sino en un buen medio.

CAPILLA ALFONSINA

Rey. Yo te confieso que tal vez con muchos suele suceder lo que dices; pero contigo, á quien conocemos tan prudente y tan formal en todas tus cosas, no nos habíamos de privar de la prudencia, cometiendo tan mala correspondencia con una muger de tu mérito y circunstancias; pero supuesto que estás en ánimo de marchar, por lo que á mí toca, yo te concedo la licencia, con condicion de que sea con agrado de la Reina.

Rein. Yo le concedo licencia; pero con la obligacion, que ha de venir con Cacaseno cada año una vez á verme; y si no me hiciera cargo del perjuicio, que se puede seguir á tu casa estando ausente, seria mi mayor gusto de que te quedáras á vivir en la corte; pues contigo tendria una vida contenta y muy gustosa.

Marc. Piadosísima Reina, hablo con claridad, y con verdad me puedes creer. Si yo dejára los aires puros de mi montaña, y me faltasen aquellas aguas sutiles, el comer de aquellas viandas tan gruesas, y me quedase en la corte, con esquisito vino, viandas regaladas, y otras cosas delicadas, que allí no se acostumbran, en breve tiempo pienso que me moriria; esta es mi primera dificultad: la segunda, es cierto que habitando en la corte á título de muger, que procedo en un todo con claridad, y sin poder lisonjear, no habia de poder sufrir algunos preciados de cortesanos, siendo solo interesados y aduladores,

cuyas complexiones son como las de los abestruces.

Rein. Los conoces tú á estos tales?

Marc. Los conozco por unos versos que he leido, hechos de mi marido, que notó en el tiempo que trató la corte, que por raro modo los he visto, y los tengo impresos en la memoria.

Rey. Pues quiero que los digas.

Rein. Yo tambien, que discurro serán como suyos.

Marc. Yo los diré; pero quisiera que se quedáran impresos para siempre en vuestra memoria.

CAPITULO

Del virtuoso cortesano, y del ambicioso.

PAREADOS.

En vez de la corte puso la voz *muerte*
Un poeta, y no es mucha la ignorancia;
Porque de corte á muerte, si se advierte,
Es muy poca, ó ninguna la distancia.
O ya á la muerte, pues, ó ya á la corte,
Regulando á su modo, trage y porte,
Concurre el virtuoso:
A este, opuesto, le sigue un ambicioso.
De ceremonias viene prevenido,
Con su hebilla y zapato presumido:
Don Simon ser pretende el que llegáre,
Pero un tonto será el que así lo usáre;
Porque en su trato y en su vil porfia

No será don Simon, sí simonía.
Al virtuoso, si á medrar se aplica,
Que es muy difícil se le significa:
Su esperanza desde hoy pasa á mañana,
Y por mucho que estudie, siempre afana.
Al ambicioso, en todo entremetido,
Con falsa adulacion, labio fingido,
Si en la lisonja funda la alabanza,
Siempre la corte da buena esperanza.
Corre pronto al halago, al fingimiento,
Y es mas aleve, cuando mas atento;
Pues con la risa falsa en sus razones,
Corre bellaco á las sublevaciones.
Oye uno de estos á su dueño acaso,
Que tiene hambre, ya está la mesa al paso:
Si ya no tiene gana, lo mejora,
Pues le dice muy presto, no, no es hora.
Si á otro dia á aquel punto está presente,
Y el valedor con gana no se siente,
Le responde con mucha cortesía:
No es tiempo de comer, no es mediodia.
Si el patron dice, ola; ya está listo,
Ligereza mayor jamas se ha visto,
Y bien que sea tarde ó bien temprano,
Se presenta el sombrero ya en la mano.
Si acaso escupe, como esté delante,
Va, y con el pie lo limpia en un instante;
Pero basta. La hoja aquí doblemos,
Y el discurso á otro asunto le mudemos,
Que un útil pensamiento en esto se halla,
Y es quitar de la oreja tal canalla.

CAPILLA ALFONSINA

Marc. Estos son los versos que escribió Bertoldo, bien enterado de lo que es la corte; y dejar de hablarles claro á estos, no fuera en mi mano, con lo que era preciso ser mal vista.

Rey. No hay duda que merecen atencion estos dichos, porque tienen mucha moralidad; pero volviendo á lo que íbamos, te digo, que tu conversacion nunca nos puede servir de tedio.

Rein. Díme, no me has ofrecido de que volverás á vernos?

Marc. Si la vida me lo permite, no tendré dificultad en cumplir con una obligacion tan debida.

El Rey llamó al mayordomo, y le mandó que trajese doscientos escudos para entregar á Marcolfa, disponiendo al mismo tiempo, que por la mañana temprano hiciese aprontar una litera para conducirla á la montaña: el mayordomo se apartó para obedecer la órden que se le habia dado, pero de tan mala gana, echando tantos entripados y juramentos, como el marinero en tempestad, haciendo muchos gestos, dando palmadas, y encogiéndose de hombros iba diciendo: O, qué sinceridad es la que tienen algunos señores en apoyar desatinos, proteger tontos, y dar alas á bufones, como al presente se ve con este señor, que manda dar doscientos escudos á estos monos, irrisiones de la corte. Mas presto premiarán á semejantes gentes,

CAPILLA ALFONSINA

que á un hombre erudito y aplicado, que se mata y se descalabra el entendimiento para dedicarse, y perfeccionar con inmenso trabajo una obra, y despues de tanto desvelo la presenta con el fin de tener algun ascenso, y lo que saca de su afan, es que ni aun le dan las gracias. Mírese qué esperanzas pueden tener los eruditos y doctos despues de tan malos ratos y trabajosos estudios!

Miéntras que fueron á tomar el dinero, envió la órden al literero, paraque á la mañana siguiente al romper el alba estuviese pronto para conducir los dos grandes personages á su tierra: en este intermedio Marcolfa hizo á los Reyes sus cumplidos de despedida, en esta forma:

Marc. Ahora conozco que vuestras magestades son nuestros amos y señores, y amigos ciertos.

Rey. Tú dices que nos reconoces por ciertos amigos. Pues díme, qué entiendes tú en esta palabra ciertos?

Marc. Señor, es que tambien hay amigos inciertos.

Rey. Pues declárame esa diferencia.

Marc. Escucha, y atiéndelo en esta

OCTAVA.

Tanto me sirve el bien que no aprovecha,
Cuanto el mal que no daña. Ola, cuidado,
De amigos de promesa hay gran cosecha,

Que el bolsillo te ofrecen con agrado:
Mas si á la prueba vienes, la desecha,
Que es cháchara y parola te ha mostrado;
Solo es amigo el que en grandeza suma
Favorece al de mísera fortuna.

Rey. Pues cómo se ha de gobernar el hombre para ganarse los amigos verdaderos?

Marc. Las amistades verdaderas son las que estan fundadas en las acciones de caridad y costumbres virtuosas; pero aquellas, que tienen los cimientos del vicio, duran muy poco; pues estos se convierten de amigos en pérfidos enemigos: las amistades que uno llega á conocer que son perjudiciales, se debe huir de ellas para no caer en el peligro, siguiendo despues el precipicio, y así es práctica conocida, que si un hombre dócil trata de continuo con otro que sea de malas costumbres, se apropia y gana la ruin fama del compañero; vulgarmente se suele decir: díme con quien andas, te diré quien eres: y tambien dicen que las malas compañías desnucan al hombre, y por lo general semejantes amistades suelen ocasionar de tan grande amor, doblado, tenaz é intenso odio; de suerte, que aunque pase mucho tiempo, y se hagan amigos, nunca llega á aquella amistad tan familiar como ántes, pues el vicio del odio es de tan mala inclinacion, que el vengativo en lo esterior parece que perdona; pero es muy al contrario, que nunca se olvida, y en su interior reserva el veneno; y así, lo mejor es, que ninguno se mezcle, ni se ponga en lo que no le toca, pues nunca saldrá bien, y se arriesga á muchas contingencias; y como yo no tengo tedio, ni odio con persona alguna, quiero decir á vuestras magestades una moralidad, que viene adecuada á nuestro asunto.

Rey. Refiérela, la que escucharémos con grande gusto y atencion, miéntras que viene el mayordomo con los doscientos escudos.

Marc. Habeis de saber, que en el año que las gallinas hilaban lana, para tejer paño para hacer calzones á los gallos, refiere Esopo y otros diversos autores, que hablaban entónces todos los animales y por consiguiente tenian entre ellos sus amistades, quimeras y pleitos, trataban y contrataban en todo aquello que les era preciso para vivir.

En el mismo año se hallaban las zorras odiadas generalmente, por haber engañado á todo el mundo con sus astucias y maliciosos ladronicios. Hallándose sin amigos, y perseguidas con estremo, casualmente un dia una se encontró con un perro mastin el cual así que la vió, se tiró á ella para matarla: ella con el sobresalto y sospechas de su corta vida, procuró ponerse en salvo, como en efecto lo consiguió; y fué su suerte, que hallando un agujero, se escondió dentro de él; de modo que el perro no era posible pudiese entrar, y lograr su intento: no obstante vién-

CAPILLA ALFONSINA

dose asediada, y siempre con el mismo peligro si salia de allí, ideó una nueva astucia, y fué de esta manera: Empezó á hablar al perro con unas palabritas muy dulces, diciendo: Díme, hermoso, querido, amado perro mio, por qué me quieres matar? Sabrás que yo venia deseosa de hallarte, y conferir contigo un pensamiento y arbitrio, que ha de redundar en tu favor; depon á un lado tu enojo, y te suplico que me escuches. Oyéndose alabar y tratar con tanta melosidad, y con el interes de que habia de tratar un negocio favorable á sus intereses, respondió el perro que la escucharia muy gustoso; añadió la zorra: Ya sé, perro mio, que tienes noticias de todas mis picardías en que he delinquido hasta el dia presente; pero te prometo (por vida de lo que soy) de tratar la enmienda; ya estoy arrepentida, de tal modo, que desde hoy en adelante viviré sin hacer mal á nadie, y así yo te vengo á buscar, porque estoy persuadida, que entre todas las bestias del mundo tú solo tienes el nombre de fidelidad, en quien espero que la uses, y seas piadoso conmigo; lo que yo no dudo; y ya que tengo la fortuna de decirte mi parecer, te digo que no te puedo espresar la grande lástima que me causa un estado tan infeliz como en el que estás destinado; tanto de dia, como de noche, te precisa estar vigilante en la casa de tu amo, para cumplir con tu obligacion, y vivir con la miseria del interes de aquello que te quieren dar, que no sirve para nadie, y esto te ha de servir de sustento; y despues los ascensos son trabajar, y no descansar de dia, ni de noche; ántes bien muy al contrario, pues es preciso velar y mas velar; pobrecito mio, te aseguro, que se me parte el corazon de dolor y compasion que te tengo; y así te vuelvo á decir, estoy arrepentida de todas mis iniquidades, y solo me falta para ser buena de aquí adelante una buena compañía, por lo que deseo tener amistad contigo, y de este modo, llevándome en tu compañía, te aliviaré en algun modo de tanta sujecion como tienes, y haré la centinela como tú en casa de tu amo: tú harás la guardia de dia, y yo la haré de noche, y con esto empezaré á hacer mérito, ínterin que tú te empeñes con el amo, insinuándole que me reciba para mayor seguridad y útil de su casa, teniendo guardias confederadas y de buena correspondencia.

Entónces el buen perro, cuadrándole tan suaves proposiciones, sin considerar que la práctica y amistad de una bestia tan infame se le habia de convertir en daño y perjuicio, hasta su muerte, le dijo: Sal fuera de este agujero, que yo te daré la pesuña de bestia honrada, y la palabra de no ofenderte, y de hablar á mi amo paraque te reciba en mi compañía para guardia de su casa y su ganado: salió fuera la zorra, bajo su palabra honrada; y ya que juntos estaban estos dos nuevos amigos, marcharon á casa del perro:

CAPILLA ALFONSINA

el dueño así que vió la zorra, tomó una estaca, y fué corriendo para matarla: la zorra, con grande mansedumbre, no quiso huir; ántes bien se tendió panza arriba con grande humildad: el perro viendo accion semejante, se compadeció, y se puso en medio, paraque el amo no la quitase le vida, insinuándole que la recibiese en su casa para mayor gobierno y seguridad de ella: el amo condescendió á las súplicas, y prometió al perro de mantenerlos á los dos, consignándoles cuatro panes todos los dias para cada uno, una artesa de agua, huesos y las demas regalías y emolumentos que se proporcionasen: quedó hecho el pacto: por dos ó tres dias caminó con satisfaccion el amo del perro, y de la zorra malicioso animal, que estando acostumbrado á comer gallinas, pollos y capones hurtados por sus uñas de los gallineros, no se podia acostumbrar á comer aquel pan negro, mezclado de centeno y salvado, que se usa hacer para los perros; pensó una industria, y fué, que hallándose un dia en conversacion con el perro, le empezó á decir: perro mio, fiel compañero, querido, amigo de mi vida, ya que estamos solos, quisiera decirte cuatro palabritas, las que te aseguro redundarán á favor nuestro; pero con el pacto, que me has de dar palabra y mano de no oponerte á mis arbitrios y proposiciones, tan ventajosas á nuestro mayor útil. Respondió el perro: yo te doy palabra,

como verdadero amigo, de escucharte, y de vivir unánimemente contigo, sin que yo revele á nadie el secreto; con que en este supuesto bien puedes libremente descubrir tu pecho sin la mas mínima sospecha. Replicó la zorra: perro mio, tú ya puedes considerar nuestro miserable estado (no lo digo por el amo, pues no dudo que cumplirá con todo lo que me ha prometido), mira de la suerte que nos hemos puesto, despues que nos dan á comer este pan de mezcla, pues estamos flacos como dos linternas, y negros como sartenes; y no es porque tú seas feo, ántes bien eres galan y hermoso, pero la falta de carne te afea mucho. Ah pobrecito! si tú te vieras, te habias de contar las costillas! Y así, quisiera que te aprovecháras ahora que es tiempo, y tomáras mi consejo: mira que yo sé muy bien, que tú eres práctico en esta villa, pues cuando sales fuera con el amo, tienes conocidas todas las casas de los vecinos; de suerte, que tú no ignoras las entradas y las salidas de todas ellas; y si acaso tuvieses poca práctica de algunas, las puedes recorrer de dia, y hacerte cargo de todas, y de noche, miéntras que el amo duerme, podemos ir, hoy á una casa, y mañana á otra, á buscar un par de gallinas, que enseñándome tú el gallinero, te quedarás para guardarme las espaldas, y yo con gran destreza ejecutaré el tiro, y despues nos irémos á un pajar que no falta en cada casa de estos lu-

gares, y de este modo cada noche mudarémos de bisiesto, viviendo alegremente muchos dias, sin que ninguno lo conozca; porque tú no eres persona sospechosa: de dia irás tú á descubrir terreno, y por la noche irémos despues á pegar fuego á la mina gallinesca. El perro lé dió palabra, consintiendo á sus malditas astucias, dejándose hacer la mamola con las falsas proposiciones de la zorra: pusiéronlo en ejecucion, y juntos de dia y de noche se regalaron á costa de los vecinos del lugar; pues de cada uno lo pagaba su gallinero. Despues de algunos dias, las mugeres del lugar estando en conversacion, dijo una: amigas, no sabeis que esta noche me han hurtado un par de gallinas? Respondió otra: pues á mí me ha sucedido lo propio la noche antecedente; y así una despues de otra, todas fueron refiriendo lo mismo; de lo que resultó, que determinaron poner una trampa en uno de los gallineros, y estar á la vista, por ver si se podia descubrir el agresor.

Miéntras se determinaba esto entre ellas, el perro, que andaba rondando, y espiando la caza, oyó los preparativos que disponian contra ellos: fué corriendo á dar aviso á la zorra, á la cual dijo: amiga, ya que nuestra fortuna ha querido, que nos hayamos puesto gordos, no volvamos mas á hurtar (sin duda el perro miraba primero por la vida, que por la golosina de su gula); pero la viciosa

CAPILLA ALFONSINA

zorra, que no podia acostumbrarse al pan de perro, halló otra nueva astucia. Iba por la noche al gallinero de su amo, y se comia una gallina, perseverando en esta infamia, hasta unos seis dias, y haciéndose sus cuentas de lo que podia resultar, dijo: Ya no es tiempo de estarnos con las manos metidas en la faltriquera, porque si el amo hace revista de sus gallinas, á mí me ha de echar la culpa, de lo que resultará gravísimo riesgo á mi vida.

Despues que se hizo sus cuentas, se fué al amo, y le dice: Señor, es cierto que estoy muy satisfecha de los muchos favores y del buen trato que me habeis hecho, y yo como tan agradecida, vengo á descubriros una infamia, que se hace todas las noches en tu gallinero. Preguntó el amo: Qué infamia es la que se comete? Respondió la zorra: El pícaro de vuestro perro, de quien tanta confianza haceis, es el ladron, y cada noche hurta una gallina; lo que hace con el hurto yo no lo sé. Replicó el amo: Es verdad lo que me dices? Señor, es muy cierto, y si quieres desengañarte, véte al gallinero, y haz revista de las gallinas, y conocerás la falta; y para mas seguridad y desengaño tuyo, esta noche te enseñaré el perro con el hurto en las manos.

El amo airado contra el perro, quedó de acuerdo con la zorra de desengañarse viéndolo por sí mismo: se despidió la zorra del

amo, y llamó al perro, y con gran secreto le dijo: Amigo, es tanto el amor que te profeso, que no puedo estar un instante sin verte; y así te digo, que esto de andar en los gallineros no es muy bueno, pues puede suceder, que un dia ú otro caigamos en la trampa, y lo pague nuestro pellejo; pero no obstante te aseguro, que me hallo con unas ganas de que nos comamos un par de gallinas... Preguntó el perro: De las del amo? Sí, de las mismas; yo las mataré, y tú las sacarás fuera de casa, y las esconderás en un barranco, que allí las comerémos despues.

El perro hizo alguna repugnancia á tan depravada proposicion; pero la zorra lo enredó de tal modo, que consintió, y quedaron determinados á hacerlo; en efecto, por la noche hizo ver á el amo la verdad, pues vió pasar al perro con las gallinas en la boca, é indignándose de ver tal infamia, al dia siguiente le halló durmiendo, y le mató. Cuando vió la zorra tal castigo, se hizo la cuenta de aquel refran, que dice: Cuando la barba de tu vecino vieres pelar, &c. y así le pareció, que no le tenia mucha cuenta el estar en semejante tierra, temblando no le sucediese á ella lo mismo que al perro. Todos estos juicios los fundaba bien, pero hallaba difícil el escaparse del lugar; no obstante halló un nuevo modo, y fué, que viniendo el amo á casa, le dijo: Ahora ya te he quitado el perro de tu compañia, siendo él el ladron

de las gallinas; discurro tendrás conocida la gran confianza, que yo siempre he hecho de tu persona, mi deseo es que tú sirvas de perro. Con gran solapa replicó la zorra: Con mucho gusto obedeceré lo que me mandas; pero quiero que desuelles el perro, y adobes el pellejo, y despues por parte de noche me lo pondrás al rededor del cuerpo, que de este modo creerán los ladrones que soy el perro, y tendrán miedo de mí; aunque yo no hago ánimo de ladrar, que será lo mas acertado; pues dice el proverbio: Perro ladrador, nunca es buen cazador; y de este modo daré color á esta invencion, y quedarán engañados, creyendo que soy tu perro, y tu casa estará guardada y libre de todo insulto.

Al amo le pareció el partido mas seguro: compuso el pellejo como se lo habia propuesto la zorra, y se le puso al rededor, fingiéndose perro; pero la infame, maldita y maliciosa bestia, cuando vió toda la casa en silencio, á media noche, se fué al gallinero, y se comió dos gallinas, y con el pellejo del perro encima de sus lomos se escapó disfrazada fuera del lugar á otra parte. Se levantó por la mañana el amo, y no hallando la zorra, y viendo la falta de las gallinas, descubrió la estratagema de tal dicho; por lo que dijo en alta voz: Me está muy bien empleado, y yo me lo merezco todo lo que me ha sucedido: esto acontece á todos aquellos que lidian con gente viciosa, que estos hacen

CAPILLA ALFONSINA

perder á todos los que tratan; estoy cierto, que el pobre perro ha muerto inocente, y su desgracia ha dimanado de la comunicacion que ha tenido con la maliciosa zorra. Este es el fin de la fábula, que he prometido contar á vuestras magestades.

Rey. No hay duda, que la fábula no solo es gustosa; pero de grandísima utilidad para todos aquellos que se unen con malas compañias, y tratan con gente soez, metida en el vicio, los cuales hacen verídica aquella sentencia, que dice, que las malas compañías conducen al hombre al deguëllo. Y ahora volviendo á lo pasado, digo, que ya vendrá el mayordomo y te entregará doscientos escudos, con que quiero regalarte, y te encargo, que vuelvas á vernos, como lo has prometido. Mañana temprano marcharás en la litera, que ya tienes prevenida, que de esa suerte irás con mas conveniencia á tu casa, en donde yo creo te estarán esperando con grande ansia Bertoldino y su muger. Dejó de hablar el Rey; y la Reina, que habia callado, alabando la fábula, le dijo:

Rein. La fábula es muy graciosa, y puede servir de mucho gobierno, particularmente á la gente jóven, y solo deseo saber una cosa, y es de qué procede que los Príncipes tienen tantos amigos?

Marc. A los grandes todos se muestran amigos, unos por el interes, otros por adulacion, y otros por miedo, y los mas sencillos

por obligacion y respeto; y así, os suplico noteis estas sentencias pastoriles:

Quien delante te alaba magestuoso
En ausencia te vende acelerado.
Con el ánimo infiel y escandaloso
Te afecta su cariño desalmado.
Si á sus gustos triunfas dadivoso,
Te coronan por hombre celebrado;
Y si de estos te libras con bonanza,
No fundes mas en ellos tu esperanza.

Llegó el mayordomo, y entregó á Marcolfa los doscientos escudos, y la Reina se quitó del dedo una sortija de esmeraldas, y se la dió, paraque en su nombre la regalase á Dominga ó Menguina, que así la llamaban en su lugar. Despues que recibió todo lo espresado la astuta Marcolfa, dijo á los Reyes así:

Serenísimos y piadosísimos Señores, habeis de saber, que entre las muchas y lindas cosas que contaba mi marido, me parece adecuadísima á lo presente esta que referia. Decia de Alejandro Magno, que un dia regaló una grande porcion de oro á un Filósofo, y este rehusó admitirlo (fué esta una accion sumamente alabada de todos; no lo fué de todos la de Alejandro, ántes estas prodigalidades muchos se las desaprobaron, porque los bienes y riquezas, que Dios concede á los Reyes, no deben usar de ellas prodigamente, pues no han de servir mas que para

CAPILLA ALFONSINA

las urgencias precisas, pagar lo que es de obligacion á los vasallos; y lo que sobrare de esto, practicar actos de caridad, que será lo mas útil y grato á los ojos de Dios): el Filósofo, pues, esquivándose para no admitir la dádiva, determinó injuriar á Alejandro, tomando á mejor partido el quedarse en su miseria, que recibir la oferta: no obstante esto, yo doy á vuestras magestades las mas debidas gracias por los favores tan grandes, que os habeis servido hacerme, de lo que yo quedo siempre esclavizada y reconocida; y solo ahora espero me deis vuestras últimas órdenes, deseando tengais una larga vida, colmada de las mayores felicidades, y que siempre logre vuestro Reino de la mayor tranquilidad, para sosiego de vuestros ánimos reales.

Los Reyes se quedaron maravillados de la elocuencia de Marcolfa, porque en el concepto comun no era de muger nacida entre montes, ántes bien al contrario de muger tan sagaz, que podia vender discrecion á todos; si bien bastaba el haber sido muger de Bertoldo, hombre tan celebrado en el mundo.

Por la mañana temprano marcharon en su litera: siguieron su viage hasta su casa, y á la vuelta el literero dió noticia á sus Magestades de la grande alegría, que mostraron Bertoldino y Dominga de verlos: añadió mas, que les hicieron grandes regocijos, juntándose todos aquellos montañeses

CAPILLA ALFONSINA

inmediatos habitadores de su cortijo; pero mucha mas alegría, dice, que tuvo Bertoldino, cuando oyó el sonido de los escudos, como tambien Dominga con el regalo de la esmeralda (que este punto que toca á recibir es una cosa tan buena, que aun á los tontos les agrada). Y con doblada alegría no se saciaba de hacer infinitos cariños á su estimado Cacaseno.

Como Marcolfa sabia leer y escribir, al tiempo que el literero iba á marchar, le entregó una carta, paraque se la diese al Rey. Llegó á palacio, presentó el pliego á su Magestad, quien pasó inmediatamente al cuarto de la Reina, participándole como habia recibido carta de Marcolfa: la abrieron con grande ansia y mayor gusto, y su contenido decia así:

Carta que escribió Marcolfa á Rey y Reina desde su montaña.

"Mis señores: Siendo tan debido el obedecer los preceptos de vuestras magestades, me obliga á participar mi arribo á esta su humilde choza: por no omitirlo mi obligacion, se vale de la ocasion del retorno del literero á esa corte: añadiendo á vuestras magestades, hemos sido recibidos con grandísimo aplauso de Bertoldino y Dominga, habiéndoseles aumentado mucho el alborozo con los regalos con que nos habeis honrado,

de lo que os damos todos juntos muy rendidas gracias. No escribo cosa particular de Cacaseno, porque el literero sale hoy por la mañana muy temprano, y él todavía está en la cama; y así esta mia servirá de un pequeño reconocimiento, miéntras yo y toda mi familia deseamos á vuestras magestades las mayores felicidades."

CAPILLA ALFONSINA

TABLA

DE LO QUE SE CONTIENE EN ESTA HISTORIA.

TRATADO I.

Introduccion á la obra ..... Fol. 7
Fatal figura de Bertoldo 8
Audacia de Bertoldo 9
Preguntas y respuestas entre el Rey y Bertoldo 9

ALEGORIA PRIMERA.

Astucias de Bertoldo 17
Pleito de las mugeres 18
Justa sentencia del Rey 19
Prudencia grande del Rey en el pleito de las mugeres 20
Disputa de Bertoldo con el Rey sobre la sentencia que dió 21
El Rey alaba á las mugeres en presencia de Bertoldo 21
Astucia ingeniosa de Bertoldo, para hacer que el Rey diga mal de ellas 23
Tumulto de las mugeres contra el Rey, nacido de la astucia de Bertoldo 25
El Rey se enfada con las mugeres 26
El Rey echa enhoramala las mugeres 28
Disputa de Bertoldo con el Rey, regocijándose de haber salido con su intento 29